

# La aventura espiritual de Teresa de Jesús

PEDRO TRIGO

Fray Luis de León, primer editor de Teresa de Avila, destaca sobre todo "la pureza y facilidad del estilo" y subraya particularmente su gracia y "una elegancia desafeitada que deleita en extremo". A cuatro siglos de su muerte la prosa de Teresa mantiene viva su frescura. Pero ¿podemos decir lo mismo "de las cosas que trata"? Interesa ciertamente la escritora; pero ¿conserva alguna vigencia su aventura espiritual? Aunque cabría preguntar si es posible en este caso dissociar ambos aspectos ya que todos sus escritos no sólo tienen por tema esta aventura sino que el acto de escribirlos forma parte de ella.

Creemos que no es posible acercarse cabalmente a la escritora sin enfrentarse con la apasionada aventura que consumió su vida y movió cada giro de su pluma.

## DOS IMAGENES DE TERESA

Nace Teresa (como naciera más de dos siglos antes San Francisco de Asís) en una familia opulenta de mercaderes de paños. Nace en la ciudad, en la burguesía, en una época expansiva. De niña parte con su hermano a buscar martirio en tierra de moros. En la primera adolescencia se aficiona a galas y galanteos; se embebe en libros de caballerías hasta el punto de escribir uno. A los diez y seis años su padre la lleva a un convento para encaminar su educación.

En poco tiempo recorre, como se ve, todos los tópicos de la época. Podríamos decir que va del Renacimiento a la Contrarreforma. ¿No es su trayectoria la prefiguración de la de España, que se abre y se cierra, o por mejor citar, que se escinde en dos y la que se abre al mundo moderno es reclusa por la que sólo ve su salvación en la clausura? ¿No sería la figura de Teresa uno de los símbolos de la España de Felipe II, grande sin duda, pero enlutada, constreñida y fierá? ¿Y no en esta cultura precisamente la expresión más exasperada de la cristiandad hispánica, el modelo que se intentó restaurar en España y en América Latina y que felizmente dejó atrás el Concilio Vaticano II?

De hecho Teresa fue protegida por



Dios es para Teresa la fuente radical de su desalienación

Felipe II y el duque de Alba, y su figura fue reivindicada por el ultramontanismo. Pero sin embargo ella fue editada por los representantes del humanismo renacentista, fue estudiada y exaltada por los liberales del XIX y por los "heterodoxos" del XIX y fue precisamente el papa humanista Pablo VI, el cristiano más cabalmente moderno que ha ocupado la silla de Pedro, el que en 1970 la proclama (primera vez que se tributa este honor a una mujer) doctora de la Iglesia.

Ante las reacciones encontradas que ha suscitado lo menos que podemos decir es que nos encontramos ante un personaje complejo. La razón de esta complejidad se encontraría a nuestro modo de ver en que, al ahondar en su aventura personal, llega Teresa al nivel más profundo de la realidad histórica, se entrafía en su tiempo, tanto en el aspecto de las relaciones sociales como en el de los contenidos culturales. Es, pues, un paradigma de su época y en este aspecto es reivindicada por los que se sienten definidos por sus coordenadas, por los que se autotitulan defensores de la cultura occidental y cristiana. Pero lo característico de Teresa no es su condición de producto cultural sino su capacidad de producir vida y cultura. De ahí que quienes ante la crisis irreversible del

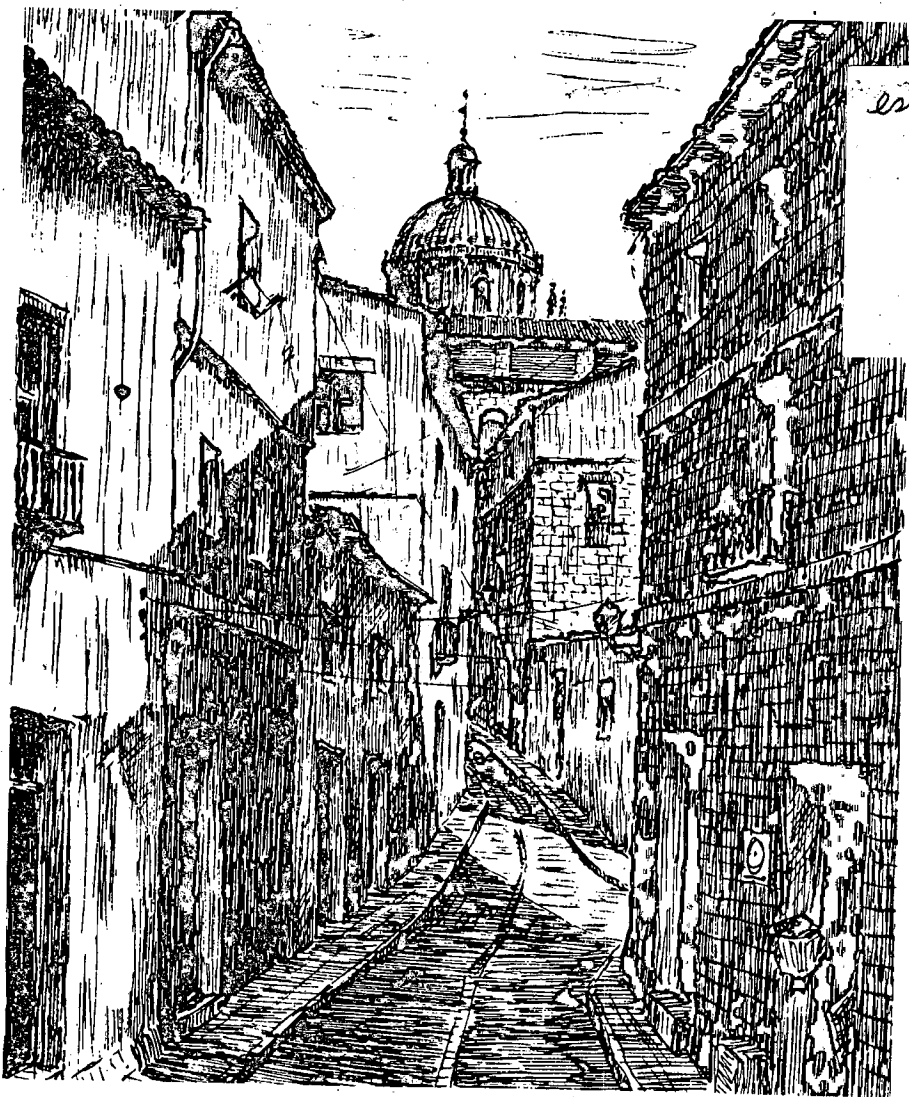
"humanismo" (entendido como forma cultural de Occidente en los cinco últimos siglos) buscan su superación interna en una comprensión y realización dinámica e integral de la dignidad y posibilidades humanas pueden encontrar en la aventura espiritual de Teresa estímulos y hallazgos para su propósito. Esta es desde luego nuestra perspectiva.

## CONCIENCIA DE LA SUBJETIVIDAD Y ANGUSTIA DE LA SALVACION

El primer impulso que arrastra a Teresa es la preocupación por su salvación, tanto en el aspecto negativo —evitar el infierno— como en el positivo: "gozar de los grandes bienes que leía haber en el cielo" (Vida I,5). Tal como lo siente Teresa, su problema está ligado al surgimiento de la modernidad. Al desarrollarse una fuerte conciencia del yo, de la individualidad; la vida se siente como algo valioso y propio y por otra parte como un proyecto. De ahí la aguda conciencia de responsabilidad, de ahí esa sensación nueva de soledad y el deseo abierto a lo indeterminado y el vértigo y la angustia. Estas sensaciones se agudizan al máximo si las acciones que uno decide tienen un peso de eternidad; entonces el cuidado de acertar se convierte, según la terminología de la época, en el negocio de más importancia.

Desde la subjetividad recién estrenada se enfrenta Teresa con el problema de la época que es el problema de la salvación, el problema que unos años antes había obsesionado, hasta llevarlos al borde del suicidio, a dos hombres que suelen ser presentados como contrarios: Lutero e Ignacio de Loyola. El descubrimiento del mal que hay en uno. El yo, autor de sí mismo, es también —aunque no exclusivamente— el yo culpable del mal que comete. Lucidez y debilidad. Y no hay mediaciones. Si la salvación depende del juicio de Dios ¿cómo hallar al Dios propio?

La buena nueva de Teresa consiste en haber descubierto que Dios está interesado en que el hombre se logre. Encuentra que Dios no es juez desinteresado e imparcial que se limita a declarar



Vivir esta vida como servicio amoroso

la inocencia o culpabilidad del hombre. El Dios de Teresa es descaradamente parcial, desea el bien del hombre más aún que el hombre mismo. Su gloria —como había dicho Ireneo— es el hombre lleno de vida. Dios es —como decían Lutero e Ignacio— el Dios de la gracia. Pero —añade Teresa— la culminación de la vida humana se da en el trato íntimo y absolutamente gratuito con Dios. Ya que la intimidad con Dios no ensimisma sino que re-envía a los hombres y capacita para dialogar con ellos a nivel de autenticidad.

### EL CAMINO DE LA EXPERIENCIA PERSONAL

La parábola de Teresa va de lo individual —resolver el negocio de su salvación— a la vida como comunicación. Y de la vida presente en función de la eterna a postergar la eterna para vivir ésta como servicio amoroso.

De este modo Teresa no se con-

forma con las soluciones establecidas. El dualismo luterano del "a la vez justo y pecador" y de los dos reinos, por un lado, y el encuadramiento disciplinar y sacramentario del catolicismo popular, por otro. Ambas soluciones suprimían la pregunta en vez de contestarla; otorgaban una seguridad falsa que llevaría al fanatismo de las guerras religiosas y castraría la dimensión más personal.

Frente a estas soluciones baratas, Teresa propone vivir hasta el fondo la aventura personal. Sus obras no son otra cosa que estímulos y cauces para lanzarse a ella y vivirla sin ilusiones y a plenitud.

El énfasis en los experiencial —Jesús no es un recuerdo atroz, el crucificado vive y se comunica con uno directamente— desborda sin cuestionarlos los cauces de un catolicismo cada vez más marcado por las obras exteriores y el control clerical. Pero el conteni-

do de esa experiencia —la comunicación progresiva y humanizante con un tú

*este es el número  
444*

re de rostro gen tremenda gloria respland del hombre. presupone a activo y libre, o. La persona retendían los icos, a su con- instituciones

absolutizadas.

Pero la autonomía que propugna Teresa no es la conciencia solipsista de Descartes. Para Teresa la persona se define por su capacidad de relación, y la excelencia absoluta del espíritu humano reside en que es capaz de contener al mismo Dios y comunicarse con él. Esto lo sabe Teresa por propia experiencia. Todos sus escritos no son sino el testimonio de que Dios se ha comunicado a ella, directa e inmediatamente, y ella con Dios.

### CONCIENCIA CRITICA Y PRAXIS TRANSFORMADORA

Teresa parte de esta experiencia. Pero no la acepta sin más, acriticamente. Es una experiencia existencial, interpersonal, trascendente: un acontecimiento. No es un experimento que esté en la mano de uno repetirlo mecánicamente. Por eso es necesario encontrar criterios que permitan discernir si se dio el acontecimiento y entenderlo: cómo se dio y cuál es su significado. Teresa, porque valora el encuentro, emprende una exigente, despiadada duda metódica —no para llegar a la certeza, que ésta es inherente al propio encuentro— sino para comprobarlo, para que pueda ser reconocido y tener así existencia social.

Aquí Teresa, apoyada en la Escolástica renovada del XVI e incrementando su arsenal conceptual con elaboraciones propias, pone en marcha verdaderos tratados sobre las pasiones, las potencias y el espíritu; trabaja cuidadosamente las proyecciones de los deseos inconscientes, las alucinaciones y toda patología del yo necesitado, reprimido, acorralado o escindido. Teresa anota, compara, comprueba, pregunta una y otra vez y poco a poco forja verdaderos conocimientos, "científicos" podríamos decir, constituyéndose en uno de los adelantados de la modernidad en cuanto a conocimiento del hombre y espíritu crítico se refiere.

Pero, siendo la suya una conciencia extraordinariamente alerta y lúcida,

su aporte más importante se refiere sin embargo a la praxis transformadora. Ella no pretende simplemente conocer al hombre, interpretarlo; su preocupación única es descubrir este microcosmos, ocuparlo, cultivarlo, sanarlo, liberarlo, planificarlo. La empresa de Teresa es crear el hombre mayor para el mundo mayor. Sólo un hombre nuevo podía tomar posesión, sin profanarlo y destruirlo, del mundo que se ensanchaba geográficamente y crecía cualitativamente.

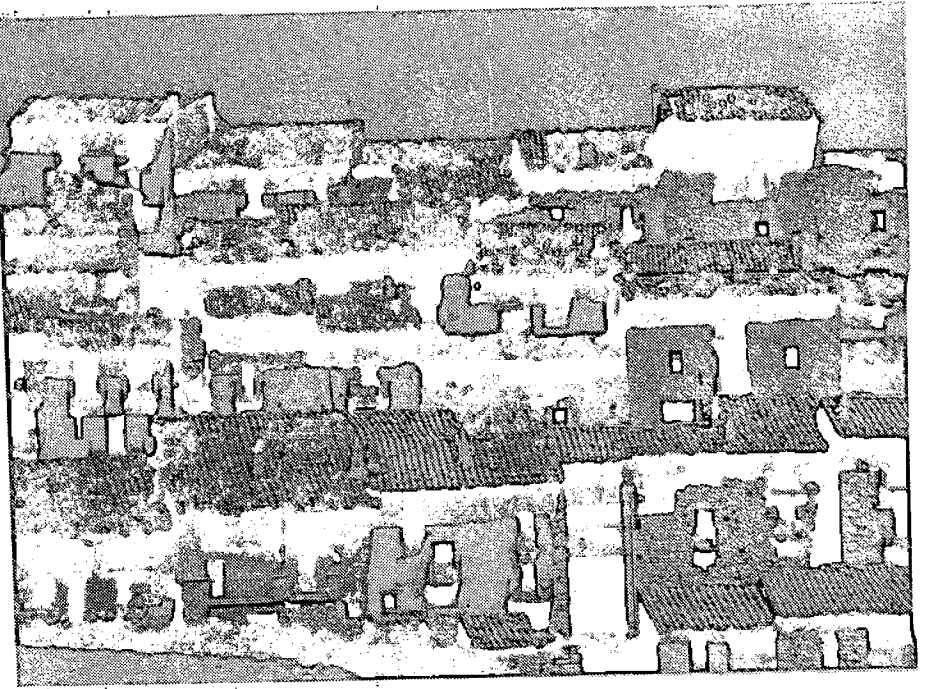
Ese es el significado histórico de su aventura espiritual ya que interiorización no equivale a encerramiento autosatisfecho en la mónada leibniziana sino que es el requisito imprescindible para la comunicación profundizada. De ahí que su aventura que comienza con una "fuga mundi", es decir, desprendiéndose de elementos culturales en el despojo drástico de la clausura estricta, se revele como libertad frente a las ataduras culturales: traspasa la vida doméstica como ámbito reservado a la mujer y entabla una red amplísima de relaciones, se inspira en la literatura de los "alumbrados" prohibida por la Inquisición, utiliza incesantemente la Escritura (más de 500 citas) prohibida en lengua vernácula y reservada a los clérigos, y se atiene a su experiencia mística poniendo en segundo lugar la mediación eclesiástica. Pero más aún, no se resigna a vivir esta aventura como un marginal; aspira a un reconocimiento social de su camino y lucha por todos los medios y no para hasta conseguirlo. De este modo su aventura al consumarse, se convierte en misión sin dejar de serlo; culmina en obra cultural abierta, creación de espacios sociales y personalizantes.

### EL TU PERSONALIZADOR

El conocimiento propio y el ensanchamiento del corazón no pueden lograrse cabalmente según Teresa sino en la relación con Dios.

Para ella la conciencia y el corazón son eminentemente respectivos. El individuo en soledad puede avanzar por su esfuerzo, pero queda preso de su yo ideal y de sus pulsiones. Es necesaria la alteridad para evitar el autoengaño. De ahí el afán de Teresa de consultar, por una parte con letrados y por otra con personas de experiencia.

Pero por sobre la alteridad interhumana está para ella el diálogo con Dios. Este es para Teresa la fuente radical de desalienación. Dios es, para Teresa alteridad. Esta característica de salirle al paso, de irle a contrapelo al



hombre, de desmontar sus tramoyas es para ella el mayor indicio de que se trata de Dios y no de nuestros ídolos. Ante el Dios de Teresa no cabe el encubrimiento "porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad" (Moradas VI 10,7). El principio de realidad es para Teresa un impulso determinante, por él puede arrosar cualquier sufrimiento y poner en cuestión lo que considera más sagrado.

El que el yo se exponga tan radicalmente sólo es posible porque ha encontrado un Tú absoluto que la acepta gratuitamente y porque ese tú es la verdad. En efecto el Dios de Teresa no es el Océano del calor y de la vida, informe y omniabarcante. Al comienzo siente así a veces la presencia de Dios, pero enseguida pasa a una experiencia espiritual personalizada, eminentemente dialógica e historizada.

El mediador imprescindible es Jesús, la humanidad de Jesús, no un Cristo fingido sino Jesús de Nazaret conocido a través de los evangelios. Esta es ante todo la medida. Por eso Teresa no admite ninguna experiencia de Dios que no esté de acuerdo con la Escritura, es decir, con el Espíritu de Jesús. Y éste se resume en el amor a Dios y al prójimo: "La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; más el amor del prójimo, sí" (Moradas V 3,8). Así pues el amor de Dios ensan-

cha el corazón y lo libera para el amor al prójimo y éste es el criterio más seguro para probar la calidad del amor de Dios. Este es el círculo del humanismo cristiano tal como lo propone Teresa de Jesús.

### UNA AVENTURA DE AMOR

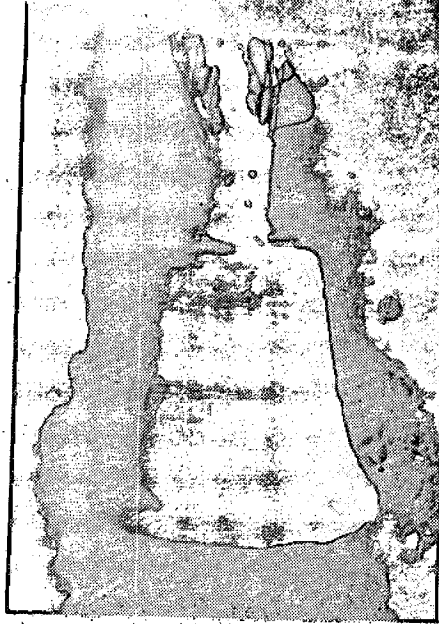
Su aventura es desde el principio hasta el fin una aventura de amor. Podríamos considerar a la oración, tal como la propone en las Moradas, como discreto a lo divino, sublimación (en el doble sentido del término) del exquisito galanteo renacentista. Aún a riesgo de trivializarlas, nos atrevemos a transcribir algunas de estas divinas palabras.

"Para aprovechar mucho en este camino (...) no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced" (M. IV 1,7). "Que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéramos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más" (M. VII 4,15). "Procuraremos siempre ir adelante (...) que el amor jamás está ocioso (...) y puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas de amor" (M. V 4,10).

En el camino del amor hay grandes alegrías, pero la atención y el interés no pueden ser narcisistas; por eso advierte que los gustos se han de alcanzar no procurándolos" (M. IV 2).

Cuando el camino está bastante avanzado tiene lugar una especie de

visiteo a lo divino: "Como por acá cuando se han de desposar dos, se trata si son conformes y que el uno y el otro quieran, y aún que se vean, para que más se satisfaga el uno del otro, así acá (...) de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio" (M. V 4,4).



Pero si llegar hasta aquí implica un esfuerzo exigente y sostenido de purificar las relaciones sociales, los impulsos, los pensamientos y el querer del corazón, ahora se inicia una etapa infinitamente más dolorosa de purificación interior: "Siente una soledad extraña, porque criatura toda de la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del Cielo como no fuese el que ama, antes todo la atormenta. Más véase como una persona colgada, que no asienta en cosas de la tierra ni al Cielo puede subir; abrasada con esta sed, y no puede llegar al agua" (M. VI 11,5). Pero estando en esta cruz a veces siente el paso de su Dios que la hace estremecer: "Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió; mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aún exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo; porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse. Y es harta pena, aunque sabrosa y dulce" (M. VI 2,2). Este estado dura años y con un dolor tan excesivo que Teresa llega a compararlo al que suponen sufren los condenados en el infierno, aunque con signo opuesto pues ésta es pena de amor y con esperanza.

Hasta que un día Jesús resucitado le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir" (M. VII 2,1). Llegada a este punto, "en esta morada suya, sólo El y el alma se gozan con grandísimo silencio" (M. VII 3,11). Saciado, desaparece el deseo y nace, completamente absorbente, el de mirar por las cosas del amado: "Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni piensan en la gloria que tienen los santos; no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar, en algo al Crucificado" (M. VII 3,6).

La culminación de este camino es

quedar convertidos en esclavos del amor. No pueden sonar más duras en una sociedad esclavista las palabras que Teresa pone aquí como término de tantos deliquios: "¿Sabéis que es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue" (M. VII 4,8). Estamos ante el misterio del amor crucificado, que San Pablo llamaba locura de Dios y debilidad de Dios (1 Corintios 1,18-25). Entrar en este misterio parece caer en manos del amor abyecto. Y sin embargo es entonces cuando se alcanza la libertad absoluta (de la vida, de la muerte, hasta de la eternidad) y el hombre puede vivir plenamente la vida como servicio a los demás. "No para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deséemos y nos ocupemos en la oración" (M. VII 1,2); "de esto sirve este matrimonio espiritual; de que nazcan siempre obras, obras" (M. VII 4,6).

### CUANDO EL AMOR SE DERRAMA

Aquí se explica la paradoja de Teresa, que buscando más penitencia y retiro se convierte en una de las personas con más amplias y profundas relaciones de su época. "De mí dicen que soy una vagamunda e inquieta" (Carta 254. BAC, Madrid, 1977, pg. 935) comenta ella misma haciéndose eco de la opinión del Nuncio que la tenía por temina inquieta, andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventaba malas doctrinas, andando fuera de la clausura contra el orden del concilio tridentino y preladados" (id., nota 4). Y sin embargo en estas circunstancias se atreve a escribirle a

un inquisidor sobre un encarcelado por la Inquisición: "Plega a El muestre, la verdad, que quien tiene tantos enemigos tiene harto trabajo, y todós andamos en esa aventura; mas poco es perder la vida y la honra por amor de tan buen Señor" (C. 237, p. 923). Ella misma le comenta a su hermano la paradoja de su vida: "a tiempo que tenía aborrecidos dineros y negocios, quiere el Señor que no trate en otra cosa, que no es pequeña cruz" (C. 24, p. 692).

En medio de pleitos y negocios conserva tanta frescura en sus relaciones personales que a veces teme sobrepasarse en lo que escribe: "...el deseo que tengo de ver a vuestra merced bueno, que de esta flaqueza puede ser proceda tanta bobería como a vuestra merced digo y del amor que le tengo, que me hace hablar con libertad sin mirar lo que digo" (C. 236, p. 921). En tantos aprietos no descuida a quien, habiéndole ayudado un día, se encuentra ahora en apuros: "Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán" (C. 250, p. 933). Con las monjas extraviadas tiene una pedagogía suave: "No las aprieten en nada —que somos flacas las mujeres— hasta que el Señor las vaya curando; y no sería malo ocuparla en algún oficio" (C. 277, p. 958). Pero a las que adelantan las espolea; así se disculpa con una priora que andaba pasando dolores: "Yo quisiera no haber ayudado a ellos. Vuestra reverencia me perdone a mí, que con quien bien quiero soy intolerable, que querría no errase en nada" (C. 300, p. 984).

A un fogoso provincial le previene: "hemos menester tener malicia y no tanta llaneza" (C. 272, p. 952). Este llamado a la prudencia procede de su aguda conciencia, adquirida tan a su costa, de la represión imperante: "Cuando piensa, que está secreto, lo ve público, y de ahí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrían suceder también para la Orden, según andan estos tiempos" (M. VI 8,9). Aunque ella confía siempre que la verdad saldrá adelante: "la verdad padece, mas no parece" (C. 277, p. 959).

Las Fundaciones y el Epistolario muestran la fecundidad de la aventura espiritual de Teresa: el ensanchamiento del corazón logrado en la comunicación con Dios desagua en una comunicación diferenciada, personalizadora con multitud de personas, y en la creación de espacios culturales donde han florecido espléndidamente muchas almas bellas.